

UNA ELECCIÓN DE AMOR

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 7: VOCACIÓN Y APOSTOLADO

UNA ELECCION DE AMOR

La vocación es —después de la fe— el don más grande que nos puede conceder el Señor. Dios nos ha mirado con ternura: ¡tú eres para mí!, nos ha dicho a cada uno. Una llamada individual, no por nuestros méritos, sino por la bondad del Señor, que dispensa su amor como quiere y a quienes quiere. Vocavi te nomine tuo, meus es tu! (Isai. XLIII, 1). Una elección de amor¹.

Quienes han recibido este regalo divino, que es la vocación al Opus Dei, saben bien que se trata de un premio *inmerecido*², una perla preciosísima que hay que conservar a cualquier coste³ y hacer fructificar en servicio de la Iglesia y de las almas. Por eso, hasta el último instante de su vida, procuran responder con plena fidelidad a ese compromiso de amor, al tiempo que en sus corazones crece el afán de extenderlo a otras muchas personas, para que también ellas participen de esa inmensa alegría.

*¡Qué bueno es el Señor —exclamaba nuestro Padre—, que nos ha buscado, que nos ha hecho conocer esta manera santa de ser eficaces, de amar a las criaturas todas en Dios y darles paz y alegría!*⁴.

(1) Del Padre, Tertulia, 15-IV-1979, en Crónica, 1979, p. 508.

(2) De nuestro Padre, Crónica V-64, p. 56.

(3) Cfr. *Matth.* XIII, 45.

(4) De nuestro Padre, Crónica VI-60, p. 34.

Ser fieles

La respuesta afirmativa a la llamada, que se pronunció en un momento preciso, se desglosa a lo largo de la vida en constantes asentimientos a la Voluntad divina. Aquella primera decisión constituye el fundamento de un largo camino, que sólo llega a término en el Cielo. Por eso hay que mantenerla entera y sin grietas, rechazando con energía y prontitud cuanto pudiera desmoronarla, con una *fidelidad intangible, firme, virginal, alegre, indiscutida (...) hasta el último momento*⁵. Y para eso no basta conservarla inmune de los peligros: es preciso robustecerla, renovarla, reafirmarla constantemente.

Cuando la lucha ascética es compañera inseparable del camino, el amor se enrencia con el paso del tiempo; y la entrega, ajena a la rutina, se hace más consciente, más madura, cobra nuevo vigor con el paso de las jornadas. *Cada día —dice el Padre— hemos de crecer en el amor de Dios, profundizando más y más en los tesoros infinitos de Nuestro Señor. De esta manera la vocación ganará en frescor y dará abundantes flores y frutos, porque irá adquiriendo mayor lozanía. ¡A ser en cada momento un poco más fieles! Y si en vez de un poco es un mucho, mejor...*⁶

Según las enseñanzas de nuestro Fundador, que hemos visto perfectamente encarnadas en su vida, la fidelidad obra un constante redescubrimiento de la vocación, una perenne juventud del alma. Renovar la entrega *no es simplemente repetir algo que ya se ha hecho (...): renovar es hacerse otra vez joven, hacerse nuevo. Os novos, llaman los portugueses a los jóvenes, os novos: ¡qué bonito, volver a ser nuevos! Tengo ya sesenta y dos años —además de aquellos ochenta—, pero cuando digo al pie del altar: ad Deum qui laetificat iuventutem meam, me siento joven, y creo que nunca me haré viejo, porque estaré renovándome continuamente*⁷.

El Señor no niega a nadie su ayuda para perseverar en este empeño. *Sabes que no te faltará la gracia de Dios* —explicaba nuestro Pa-

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 24-III-1931, n. 43.

(6) Del Padre, *Tertulia*, 19-III-1979, en *Crónica*, 1979, p. 272.

(7) De nuestro Padre, *Tertulia*, 19-III-1964, en *Crónica* IV-64, pp. 52-54.

dre—, porque ya te ha dado la gran gracia de la vocación, de la llamada, escogiéndote desde la eternidad. Y si te ha hecho esta gracia, te dará todas las gracias que hagan falta para que le seas fiel como hijo suyo, como hijo de Dios en el *Opus Dei* ⁸.

Sin embargo, mientras permanecemos en esta tierra, la voluntad humana conserva la triste capacidad de hacer traición al Señor, negándole aquel sí que le dio un día. El conocimiento de esta condición, si hay verdadera humildad, no produce desaliento; al contrario, es apoyo eficaz que estimula a luchar sin desmayos en las cosas pequeñas en que se concreta día a día la fidelidad a la vocación. La lucha de quien se ha entregado a Dios es positiva y esperanzada, precisamente porque de antemano desconfía de sí mismo y se apoya exclusivamente en Dios: *en Ti, Señor, esperé: no sea yo confundido eternamente!* ⁹. De este modo, la fidelidad a la vocación se concreta en el esfuerzo por evitar todo lo que pueda enfriar el Amor, aunque a primera vista parezca insignificante.

Vamos a darnos al Señor con alegría, y a no escatimarle nada; a rechazar con prontitud pensamientos, deseos, sandeces, de la sensualidad, de la soberbia, de la vanidad; a conservar nuestro corazón grande, para que quepan todos, pero limpio, para que no se pegue a nada ni a nadie. Os aseguro que, si lucháis por lograr que las cosas sean así, seréis felices, aun en los momentos más duros de vuestra vida ¹⁰.

Los medios precisos para asegurar la perseverancia, secundando el querer de Dios, están al alcance de cualquiera. Nuestro Padre los enumeraba así: ser *sinceros, dóciles, piadosos, proselitistas* ¹¹. Si se practican con constancia, se asegura más y más la fidelidad en cada una de las acciones de la vida, que entonces se realizan cara a Dios, plantando batalla sin tregua al enemigo más peligroso, el único que puede separar del Señor: el amor propio. Qué seguridad infunden las palabras de nuestro Padre: *si tú y yo supiéramos que una persona se pone en peligro por amor nuestro, y nos hace muchos servicios, y en nuestro poder estuviera el ayudarlo de manera que esos peligros no le hiciesen daño, le ayuda-*

(8) De nuestro Padre, Crónica VI-58, p. 7.

(9) Ps. XXX, 2.

(10) De nuestro Padre, Tertulia, 11-III-1973, en Crónica, 1973, p. 310.

(11) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 737.

rtamos, ¿no es verdad? Pues Dios Nuestro Señor es omnipotente y omnisciente, y tiene un corazón más grande que el nuestro, y nosotros somos hijos suyos. En peligros graves no nos ponemos, porque con su gracia los evitamos y los huimos. Luego no tenemos asegurada la perseverancia, pero perseveraremos ¹².

Con una lucha constante, llena el alma de la paz y la alegría que proporciona la vocación, la vida de entrega discurre como una maravillosa novela de amor y de aventuras ¹³. En comparación con ella, otros acontecimientos que las gentes califican de sobresalientes son nada, al lado de la aventura que viviréis cada uno de vosotros, siendo fieles a Nuestro Señor. La vida, hijos, nos reserva muchas alegrías limpias, de persona hecha, que otras gentes no conocen porque tienen el paladar estragado ¹⁴.

Es una verdad consoladora, que brilla con más fulgor con el paso del tiempo. Con la perspectiva de muchos años de fidelidad, se descubre claramente la mano de Dios en todas las cosas: circunstancias que en su momento parecieron casuales, se ven impregnadas de un toque divino, como una manifestación más de esa providencia que todo lo dispone para el bien de los que le aman ¹⁵.

Si cada uno de vosotros —asegura nuestro Padre a sus hijos— se pusiera ahora a decir en voz alta todo el proceso íntimo de su vocación, los demás juzgaríamos sin duda que todo aquello era divino, vuestra vocación y la mía ¹⁶.

Afán proselitista

El que, con la gracia, responde con generosidad al querer divino, inmediatamente se convierte en transmisor de la llamada. Cuando se

(12) De nuestro Padre, Crónica, 1974, p. 532.

(13) De nuestro Padre, Crónica XI-59, p. 63.

(14) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 752.

(15) Cfr. Rom. VIII, 28.

(16) De nuestro Padre, Crónica IX-62, p. 66.

tiene un bien, cuando un alma es feliz, cuando siente esta alegría interior y posee esta dicha, procura dar ese bien y esa dicha a los demás. Por eso nosotros tenemos el deber imperativo de hacer proselitismo; el deber de transmitir este don divino, y de procurar que haya otras almas que sirvan al Señor en el *Opus Dei* ¹⁷.

Dios quiere utilizar instrumentos humanos para atraer otros corazones por el camino de la entrega. Por eso, con la vocación a la Obra, invade al alma un gran afán, renovado, incontenible, de que los demás también participen de esta felicidad nuestra (...). El proselitismo sale solo —afirmaba nuestro Padre—, es como el latir del corazón, es hambre de pegar esta locura de amor de Dios a otras muchas almas ¹⁸.

En bastantes ocasiones recalcó que, donde hay un miembro del *Opus Dei*, allí hay un punto de ignición que prende fuego o —al menos— levanta la temperatura espiritual de quienes le rodean ¹⁹. Y lo ejemplificaba de un modo muy gráfico, con ese don de lenguas que le concedió el Señor.

Entonces, ¿cómo me veo?: como un pedacito de carbón. Poco vale un pedazo de carbón, ¿eh? Y además, tizna. En cambio, encendido es una maravilla. Los niños pequeños le echarían la mano, porque brilla como un rubí. ¡Qué precioso es! Da calor y fuego. Pero, si se apaga, ¿qué? Vuelve a ser carbón, o queda sólo un montoncito de cenizas, que se las lleva el aire. ¡No vale nada!

Vosotros y yo, si no pegamos el fuego de nuestro amor de Dios a otros amigos, a otros parientes, a otros colegas, a los que estén a nuestro alrededor, haremos el triste fin del carbón que se apaga. Hijos míos, ¡llevad esta hoguera de amor! Prended fuego, como la hoguera que se enciende en el bosque.

¿Habéis visto un bosque en llamas? Yo, sí. ¡Es... pavoroso! ¡Es espléndido! ¡Es una maravilla! ¡Es destructor!

Un fuego así tenéis que prender vosotros; pero uno que no se extinga nunca. El ansia de perpetuarse —a la que algunos hemos dicho que no, por amor de Cristo— será entonces una realidad: habrá muchos que serán

(17) De nuestro Padre, *Crónica*, 1969, pp. 1052-1053.

(18) De nuestro Padre, *Crónica*, 1971, p. 296.

(19) De nuestro Padre, *Crónica*, 1969, p. 1053.

hijos de vuestro fuego, de vuestro amor a Dios, de ese espíritu que no es nuestro, sino del Señor: el que nos ha dado en el Opus Dei ²⁰.

El proselitismo es una necesidad del corazón enamorado de Dios, que la vocación a la Obra sanciona como un derecho y un deber. *¿Con qué derecho me meto yo en la vida de los demás? Pues con el mismo derecho con que Jesucristo se ha metido en nuestra alma. A mí, no me pidió permiso. Se metió y dijo: aquí estoy. Y hubo que quitar del corazón tanta cosa...* ²¹. Por eso, el celo por las almas está en proporción directa al amor de Dios que arde en el corazón. *Si no pegáis vuestro fuego a otras personas —exclama el Padre—, corréis el peligro de que se entibie el amor de Dios en vosotros, y sería una cosa muy triste (...). No pasará, si somos fieles todos los días y muchas veces en cada jornada. Y cuando no lo seamos, en vez de llenarnos de soberbia y perder la esperanza, diremos: Señor, a pesar de saber de qué madera estoy hecho, me has elegido; quizá precisamente porque soy un enfermo y miserable. Y me vas endiosando, y me acercas a tu Corazón Sacratísimo. ¡Es para volverse locos de alegría!, para robustecer la esperanza, para tener la seguridad de que llegaremos al final del camino* ²².

Yo os he elegido, y os he puesto, para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto sea duradero ²³. Llevar la vocación a otras muchas almas, siendo instrumentos de Dios, constituye la mejor garantía de fidelidad a la propia vocación personal. Además, se precisan muchos millares de hombres y de mujeres que testimonien en medio del mundo, con su vida y con su palabra, la eficacia salvadora de la doctrina de Cristo. *El mundo padece mucha necesidad, hijos míos, porque millones y millones de almas no conocen a Dios, no han visto todavía la luz del Redentor. Cada uno de vosotros debe ser —lo quiere el Señor— quasi lucernae lucenti in caliginoso loco (II Petr. I, 19), como un farol encendido en medio de las tinieblas. Habéis de sentir sobre vuestros hombros la responsabilidad de corredimir con Cristo, haciendo brillar —en cualquier sitio donde os encontréis— esa luz divina que la vocación ha prendido en vuestra alma* ²⁴.

(20) De nuestro Padre, Crónica, 1975, pp. 1722-1723.

(21) De nuestro Padre, Tertulia, 30-X-1972, en Dos meses de catequesis, I, p. 240.

(22) Del Padre, Tertulia, 15-IV-1979, en Crónica, 1979, p. 520.

(23) Joann. XV, 16.

(24) De nuestro Padre, Crónica, 1975, p. 1724.

Agradecimiento y alegría

Ante la elección divina, sólo cabe una actitud: *dadle gracias al Señor, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, gracias a María Santísima, por quien nos vienen todas las gracias del Cielo como canal divino: gracias por esta gracia, que es la más grande que el Señor ha podido conceder a una criatura: esta llamada* ²⁵.

El fundamento de esta elección es la infinita bondad de Dios, que nos llama a cada uno por nuestro nombre, con el apelativo familiar con el que nos llaman las personas que nos quieren. La ternura de Jesús, por nosotros, no cabe en palabras ²⁶.

Mientras que la negativa a secundar el querer de Dios produce tristeza y desaliento, como le sucedió al joven rico del Evangelio ²⁷, la generosidad en la respuesta engendra un gozo sereno y fuerte, nuevo para el corazón humano, que jamás se ve ofuscado por las contrariedades y dificultades de la vida. *Siempre estoy contento* —manifestaba en una ocasión nuestro Padre—. *A veces un poco cansado, como hoy, pero muy contento. La nuestra es una alegría con contenido. Y el contenido es esa elección que Dios ha hecho de cada uno de nosotros. Todos los días en la Misa repito aquellas palabras: et in electorum tuorum iubeas grege numerari: que te dignes, Señor, contarnos en el número de tus elegidos, en tu rebaño. Y cuando le digo esto, pienso en vosotros y en mí, y me da una alegría muy grande. Pero sabemos que aunque hemos sido elegidos, también es cierto que no somos ninguna especialidad, no somos unos selectos. Nos ha encontrado el Señor por ahí, en la calle, cuando pasaba; podía haber buscado a otros mejores que nosotros. Pero nos ha elegido, y esta seguridad no es soberbia, sino agradecimiento. Ya veis: contentos, pero con contenido. Y el contenido es éste: sabernos llamados por Dios como hijos predilectos suyos* ²⁸.

Es una convicción que afianza la humildad y crece con los años de

(25) De nuestro Padre, Crónica IX-62, p. 66.

(26) *Es Cristo que pasa*, n. 59.

(27) Cfr. *Matth.* XIX, 22.

(28) De nuestro Padre, Crónica, 1971, pp. 1139-1140.

entrega, conforme se advierte con más claridad la generosidad divina y la miseria propia. En efecto, la vocación no es el premio merecido por unas virtudes, ni el resultado de unas condiciones personales más o menos idóneas. Es puro regalo de Dios. *Conozco muchas personas buenas y nobles —explicaba nuestro Padre— por ahí, que no reciben la gracia de la vocación. Y estoy convencido de que hay y habrá muchas almas estupendas, gente generosa, espléndida, a quienes Dios no llama al Opus Dei.*

*Agradecemos al Señor que, siendo lo que somos, nos haya llamado. Quizá ellos son unos grandes diamantes y nosotros sólo una cosita pequeña, una chispa de diamante; pero El nos coloca de tal manera que brillamos tanto como la piedra preciosa más grande, si somos fieles*²⁹.

La vocación al Opus Dei adorna con nuevos y vivos colores el sentido de la filiación divina; se experimenta de modo inconfundible un querer muy particular de Dios. El primer encuentro con el Señor en el Bautismo ha cobrado un nuevo brillo. *No tengo palabras para expresar el prodigio, la grandeza, de esta llamada de Dios. Nos ha llamado a servirle en la calle, en el trabajo, en todas las labores honestas de los hombres. Y así, encontramos oro puro, y esmeraldas y rubíes, donde otros quizá no encuentran más que cieno*³⁰.

Nada enturbiará esta alegría sobrenatural, si nos mantenemos fieles con la gracia de Dios. Como escribe San Pablo, *¿quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿Acaso la tribulación, o la angustia, o el hambre, o la desnudez, o los peligros, o la persecución, o la espada? (...). En medio de todas estas cosas triunfamos por virtud de Aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza, ni todo lo que hay de más alto, ni de más profundo, ni otra ninguna criatura podrá jamás separarnos del amor de Dios, que se funda en Jesucristo Nuestro Señor*³¹.

(29) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 451.

(30) De nuestro Padre, Crónica, 1968, p. 38.

(31) Rom. VIII, 35-39.

[Anterior](#) - [Siguiente](#)

[Volver al índice de Cuadernos 7: Vocación y apostolado](#)

[Volver a Libros silenciados y Documentos internos](#)

[Ir a la correspondencia del día](#)

[Ir a la página principal](#)